

La Familia como Estructura Intermedia*

Brigitte Berger**

***Profesora de Sociología en el Wellesley College. Reconocida autoridad sobre la familia, autora de numerosos artículos y dos libros.*

*Originalmente este trabajo apareció bajo el título "The Family as a Mediating Structure", en el volumen *Democracy and Mediating Structures*, editado por Michael Novak, y publicado por el American Enterprise Institute (Washington, D.C., 1980) quien autorizó su edición.



La familia como una estructura intermedia

Brigitte Berger

1. Introducción

Una estructura intermedia desempeña funciones necesarias tanto para el individuo como para la sociedad y permanece como un nexo entre ambos. La familia es la estructura intermedia más importante. Dentro del pluralismo democrático de la sociedad norteamericana, la familia, tradicionalmente, ha estado inmersa en una red de instituciones voluntarias. Y, de nuevo tradicionalmente, tanto el voluntariado como el pluralismo han estado estrechamente entrelazados con un sistema económico de libre mercado. Aquellos que ven a la familia como la estructura intermedia prominente, enfatizan su continua importancia para el individuo en un período de rápido cambio social y económico, y también buscan mecanismos para permitir la continuación del voluntariado y pluralismo que han distinguido a la sociedad norteamericana en el pasado. Ya que las cuestiones relativas a los valores que informan las políticas gubernamentales tienen especial importancia en este libro, me concentraré en el interés de la política gubernamental por la familia. De las funciones de la familia como institución, la política pública se preocupa prioritariamente de aquellas de crianza y cuidado del niño y, mucho menos, de las otras formas con que la familia sirve al individuo.

Mi argumento en favor de la familia como estructura intermedia en el cuidado del niño está guiado por dos consideraciones separadas, aunque relacionadas entre sí. La primera tiene relación con la familia como el agente individual y local más importante para el cuidado del niño. La segunda se preocupa mucho más directamente de la comprensión de la familia como una estructura intermedia. Trataré de indicar *por qué* un enfoque de estructuras

intermedias es imperativo, especialmente si han de considerarse seriamente los valores y esperanzas de la gente común, y si los individuos y grupos van a tener la más amplia libertad posible para expresar sus valores, prácticas y esperanzas únicas.

2. En defensa de la familia

La familia ha sido siempre objeto de intenso interés y preocupación. En décadas recientes, a medida que un virulento sentimiento antifamiliar parecía recorrer desenfrenadamente la sociedad norteamericana, ha sido la fuente de violentas controversias. Por algún tiempo, desde cada puesto de periódicos surgían prédicas catastróficas. El desenmascaramiento de uno y otro aspecto de la vida familiar se constituyó en la orden del día para una gran cantidad de vociferantes grupos de presión. Por lo menos en los sectores formadores de opinión pública de la sociedad norteamericana, la familia norteamericana tendía a ser juzgada como una institución pasada de moda, si es que no dañina. En las palabras de David Cooper, la familia era "una cámara letal que destruye las personalidades humanas".¹

Justo cuando el gran público ha llegado a lamentar o a celebrar la "muerte de la familia", es una sorpresa que esté siendo redescubierto el valor de la familia como institución tanto para el individuo como para la sociedad. Ahora la orden del día es *poner marcha atrás*. Al público común se le ha pedido revisar su percepción de la familia como una destructiva y en última instancia indeseable herencia del pasado, y en vez de eso entenderla como una especie en peligro que necesita de protección y apoyo nacional.

¿Cómo pudo producirse tal cambio? Durante el período de pesimismo se produjo una paradoja que muy pocos se preocuparon de analizar. Al mismo tiempo que la institución de la familia estaba bajo ataque, las estadísticas matrimoniales mostraban que la gente continuaba casándose tal como antes. Si bien la tasa de divorcios aumentaba, también lo hacía el porcentaje de vuellos a casar. Más aún, si podemos confiar en la información sobre los grupos que practicaban estilos de vida alternativos, ella indicaba un profundo deseo *por* y una búsqueda *de* algo que se pareciera, en un grado asombroso, a la familia convencional. La contradicción entre las prácticas sociales continuas de la mayoría, que

¹David Cooper, *The Death of the Family* (New York: Vintage, 1970).

seguían casándose y teniendo familia, y los ataques persistentes a estas prácticas, acompañada de un profundo malestar, debiera haber detenido a los aprovechadores culturales que rápidamente subieron al carro de la victoria de la opinión de moda. Nuevamente recuerdo la tendencia general entre los intelectuales formadores de opinión a desconocer las prácticas, valores y esperanzas de los hombres y mujeres comunes. Incluso, en la actual onda "post-reformista" que busca legitimizar propuestas y sugerencias de políticas en términos más populistas, esta tendencia, como trataré de demostrar, persiste.

En los últimos tres años han llamado mucha atención una serie de libros sobre la familia. A pesar de sus diferentes orientaciones y énfasis, estos libros desafían directamente los pronósticos apocalípticos de ayer, así como también acusaciones más extremas de la familia como madrina de todo tipo de supuestas o reales patologías sociales o individuales. En todo el país, grupos de estudio, fundaciones, universidades, grupos religiosos, agencias gubernamentales y comisiones diversas están compitiendo unos con otros en su deseo por definir la "crisis" de la familia y en su búsqueda de vías y medios para fortalecer la familia. Un llamado a tomar medidas de políticas públicas, sancionadas, financiadas y ejecutadas por el gobierno, parece unir en rara armonía a los recién declarados campeones de la familia. Hasta los medios de difusión popular están hoy inclinados a prestar más atención a las virtudes de la vida familiar y a dar proporcionalmente menos espacio a los ataques radicales contra la familia tradicional. Claramente, la familia es de nuevo un tema común y prácticamente todos, o al menos así parece, muestran preocupación y deseos de ir en ayuda de la más vieja de todas las instituciones sociales. El problema, sin embargo, es: ¿sobrevivirá la familia a sus campeones recién declarados?

Como la nación está a punto de responder a este llamado a levantarse en apoyo de la familia en peligro, hay una necesidad de explorar más cuidadosamente aquello por lo cual se nos pide luchar. Querámoslo o no, deberemos responder preguntas no sólo relativas a la familia, sino también a las cuestiones igualmente importantes relativas a la naturaleza y propósito de la sociedad norteamericana. Estas son preguntas que encuentro extrañamente ausentes de la discusión actual. Debemos descubrir los valores y prácticas específicas que los norteamericanos comunes asocian con la familia, y debemos aprender cómo cada uno de ellos se relaciona con los aspectos distintivos de la sociedad norteamericana. Debemos preocuparnos de la conveniencia de continuar

con la histórica "experiencia norteamericana", que ha surgido de las prácticas, valores y compromisos de una democracia, de una sociedad culturalmente pluralista, y de una economía de mercado. Por sobre todo, deberemos entender qué es lo que defiende esencialmente esta sociedad y qué desea defender en continuidad con su pasado y en sus esperanzas para el futuro. Sugiero que los valores de los hombres y mujeres comunes ofrecen un marco de referencia significativo y apuntan hacia la clase de sistema político y económico necesario para la realización de estos valores. Esta conciencia explícita de dichos valores es, en mi opinión, el desafío básico que enfrenta la sociedad norteamericana en este momento de la historia. Ninguna otra institución está mejor equipada que la familia para iluminar problemas que estamos enfrentando y para ayudarnos a superar con éxito este desafío.

Una rápida mirada a algunos de los libros más significativos sobre la familia publicados en los años recientes proporcionará la base para esta discusión. Tales libros reflejan la cambiante valoración de la situación de la familia norteamericana y, a su vez, ayudan a remodelar la percepción pública. Un ejemplo del curioso cambio que ha tenido lugar en relación con la comprensión del rol y función de la familia moderna, es la obra de Christopher Lasch *Haven in a Heartless World: The Family Besieged*. Lasch, sin duda uno de los más brillantes historiadores marxistas norteamericanos (autor de la muy aclamada obra *The Agony of the American Left*), hace una defensa abierta de la familia tradicional, esto es la familia "burguesa" comúnmente maldecida por la izquierda, que incluso el miembro más conservador de la jerarquía vaticana encontraría difícil criticar. En sí, la obra de Lasch, *Haven in a Heartless World* no es realmente un estudio de la familia norteamericana, sino que un estudio del estudio de la familia. Su premisa básica es que la familia norteamericana no está en crisis, sino que de hecho ya está perdida. Deplora y lamenta esta pérdida y concuerda explícitamente con Max Horkheimer en que "la familia burguesa no sólo educa para la autoridad en la sociedad burguesa, sino también cultiva el sueño de una sociedad mejor".² Lasch sostiene categóricamente que la familia tradicional produce individuos más saludables y mejor adaptados (una afirmación que tendrá que discutir con historiadores de la niñez tales como el

²Max Horkheimer, "Authority and the Family" (1936) en *Critical Theory: Selected Essays*, traducido por Matthew J. O'Connell et al (New York: Seabury, 1972), pp. 58 y sig.

psicohistoriador Lloyd DeMeuse, quien ha tratado de mostrar que la historia de la niñez ha sido una pesadilla).

La "integridad de la familia", argumenta Lasch, se ha perdido por el ataque de los profesionales imperialistas. Los científicos sociales norteamericanos, las legiones de antropólogos, sociólogos, psiquiatras, psicólogos y sus vastagos, en sus consultorios, en la enseñanza y en el trabajo social; en resumen, todos los expertos de nuestro bienestar mental y social, han "expropiado" a la familia tradicional. Estos "guardianes de la salud y bienestar público" han llevado inconscientemente a la familia norteamericana a una posición de impotencia, despojándola en último término de sus funciones más vitales para el bienestar individual y social. Durante el último siglo, de acuerdo con Lasch, Estados Unidos ha ido cayendo bajo el embrujo de la terapéutica. La autoridad de la familia ha declinado bajo el ataque concertado de expertos, reformadores psiquiátricos y relativistas culturales, "los defensores de los compromisos que no obligan", quienes, trágicamente, entendieron mal los componentes más básicos de la socialización. Este triunfo de la terapéutica fue facilitado aún más por la rendición de los guardianes tradicionales de la moralidad, los clérigos y las iglesias. Para citar a Lasch:

"La medicalización de la religión facilitó el acercamiento entre religión y psiquiatría. Abogados de las terapias existenciales y humanistas destacaron que Martin Heidegger, Martin Buber y Paul Tillich redefinieron la religión como una forma de psicoterapia. La neurosis, según estos teólogos existencialistas, reflejaba una fuerte ansiedad moderna y la religión, como la psiquiatría, tuvo que enrolarse en el esfuerzo organizado para deshacer los efectos deshumanizadores de la sociedad moderna: equipar a los hombres para tolerar la ansiedad y así hacerlos enteros de nuevos, aceptándose a ellos mismos, auténticos y capaces de lograr un estado de 'ser' ".³

De esta manera, la cura del alma dejó paso a la higiene mental, la búsqueda de la salvación a la búsqueda de paz mental, el ataque sobre el mal a la guerra contra la ansiedad. Como dijo una vez Leslie Farber, el psicólogo social, "la moralidad misma fue entregada a los psiquiatras, junto con la filosofía y la religión".⁴

³Christopher Lasch, *Haven in a Heartless World: The Family Besieged*, (New York: Basic Books, 1977), p. 98.

⁴Leslie Farber, "Martin Buber and Psychiatry", *Psychiatry*, Vol. 11 (1956), pp. 119.

Lasch destaca que los clérigos seudo liberales participaron con gusto en la campaña para transformar la religión en higiene mental y moral.

Este devastador análisis crítico no perdonó a nadie en la derecha, en la izquierda o al medio, que haya osado dudar alguna vez de los derechos de la familia tradicional. En la mente de Lasch, la crisis, o aún más, la "pérdida" de la familia se debe no tanto a las vastas transformaciones sociales de los últimos doscientos años, sino más bien a la intervención de los guardianes profesionales imperialistas del bienestar y de la salud pública y a los científicos sociales que los informan. En conjunto, ellos aspiran reemplazar la "familia educadora" por la "madre educadora del estado". Por supuesto, como marxista comprometido, Lasch tiene que hacer eventualmente una conexión con la "subestructura", el orden económico-tecnológico de donde fluye este profesionalismo. El hace esto al considerar a estas profesiones como lacayos del sistema capitalista y de las corporaciones gigantes que dominan este sistema.

Mucho puede decirse en apoyo a la interpretación de Lasch sobre los efectos devastadores de la intervención de las "profesiones de ayuda", los "intrusos amistosos",⁵ en los asuntos de la familia. Este tema es enfatizado por casi todos los analistas de la sociedad contemporánea. Lasch, sin embargo, hace una conexión directa con otras tendencias que ve como una "conspiración gigante" resultado del crecimiento de las corporaciones y del estado burocrático que las sirve. Al final, la acrobacia mental que hace Lasch para reconciliar sus conservadores, si es que no reaccionarios sentimientos, con su agenda política radical, desvirtúa la importancia de su percepción. Tal como está, el libro bien puede pasar a la historia como un ejercicio en lo que el historiador Fritz Stein llamó "la política de la desesperanza cultural",⁶ un pasatiempo favorito de muchos intelectuales norteamericanos. Lasch escribe como si toda compasión, toda inteligencia, toda energía, todas las características positivas y creativas se hubiesen desvanecido de la faz del país. Y, esto es obviamente falso.

No obstante, Lasch ha apuntado un problema real, cual es la necesidad de ponderar y, si es necesario, atacar la intrusión del

⁵Para usar el término acuñado por Carole E. Joffe, *Friendly Intruders: Childcare Professionals and Family Life* (Berkeley: University of California Press, 1973).

⁶Fritz R. Stern, *The Politics of Cultural Despair* (Berkeley: University of California Press, 1974).

profesionalismo en los asuntos de la familia. Si los servicios profesionales para los niños y la familia son en realidad de un valor dudoso, la pregunta que deberá formularse es: ¿qué alternativas existen? Una pregunta adicional se refiere a la posibilidad de rehabilitar intelectualmente el papel de los padres y la familia. Consideraciones de este tipo están extrañamente ausentes de las discusiones actuales. Se reconoce el poder permanente de la familia, pero pocos comentaristas miran a la familia como el agente más importante para cuidar los niños de la nación.

El regreso de la familia a su función de cuidadora del niño es el tema dominante de Kenneth Keniston y el Consejo Carnegie para el Niño en *All Our Children*. Ni Keniston ni sus coautores pueden ser acusados de una falta de sentimientos pseudo liberales o izquierdistas. Ellos también perciben que el mayor problema no es tanto "reeducar a los padres, sino que poner a su disposición la ayuda que necesitan y darles suficiente poder, de forma que puedan ser intercesores efectivos *con* y coordinadores *de* las otras fuerzas que están criando a sus hijos". Esto es una buena noticia, ya que hasta hace poco la mayoría pensaba que los padres no sólo carecían de los recursos, sino que también del conocimiento técnico para proveer adecuadamente las necesidades de sus niños. En el pasado, había consenso de que el esfuerzo de los padres era dudoso, si es que no dañino, y que debía ser suplementado, si es que no suplantado. Keniston y sus colegas, sin embargo, pertenecen a un consenso emergente que se inclina a creer que los padres todavía son los mejores expertos mundiales en cuanto a las necesidades de sus propios niños.⁷

A primera vista, es alentador tener a la familia, y esto significa el viejo tipo burgués de familia aunque los autores son cuidadosos en no comprometerse, aceptada y defendida en círculos que hasta la fecha han sido reacios a considerar tales ideas. ¿Puede ser que la izquierda pseudo liberal ha llegado al fin a apreciar los valores y prácticas del hombre y mujer común? Pero, he aquí que el análisis y las propuestas de políticas avanzadas en *All Our Children* no justifican tal esperanza.

Los autores se las arreglan para describir el dilema de la familia moderna norteamericana. En un mundo que cambia rápidamente, argumentan, las familias han sido despojadas de las

⁷Kenneth Keniston y el Consejo Carnegie para el Niño, *All Our Children: The American Family Under Pressure* (New York: Harcourt Brace Yovanovich, 1977), pt. 1, "Children and Families: Myth and Reality".

funciones tradicionales de crianza del niño, tales como las de proveer escolaridad, la oportunidad de atención médica y la producción económica. Al mismo tiempo, los padres han adquirido nuevos roles, siendo el más importante el de ejecutivo o coordinador, aunque con muy poca autoridad, que enfrenta las todopoderosas fuerzas externas que traspasan los límites de la vida del niño. En particular, dicen que las cartas están marcadas en contra de una gran minoría: los pobres, los de color y los padres de niños limitados. Las probabilidades de que ellos alcancen una vida decente están abrumadoramente en contra, ya que su realidad está determinada por una injusta distribución de los bienes y recursos económicos. En *All Our Children* se diagnostica que ha fracasado el viejo sueño liberal de lograr una mayor igualdad económica a través de iguales oportunidades educacionales. Los autores proponen entonces que la nación quite énfasis a la educación y a las reformas pseudo liberales; en lugar de ellos, sugieren que el gobierno proporcione trabajo, renta y servicios a los padres. El objetivo dominante es la igualdad económica; la familia es una preocupación subordinada.⁸

Lasch y Keniston se unen para considerar a la tecnología moderna como el mayor enemigo en el mundo industrial de libre mercado. Keniston y sus asociados ven gran peligro para la familia en los mensajes de la televisión, que promueven el consumismo, la agresión y la irrealidad en los niños. Hábitos nutricionales generalmente peligrosos y antihigiénicos son diseminados bajo la presión de una sociedad de consumo en una situación de libre mercado. El villano principal en esta pesadilla ambiental son la tecnología agresiva y una economía de *laissez-faire*.

Las recomendaciones que fluyen de este tipo de análisis son predecibles. Las principales propuestas de política hechas por Keniston y sus asociados implicarían no sólo más servicios y por lo tanto más intervención profesional (tan lamentada por Lasch), para la familia, sino que también una reforma total, si es que no el reemplazo, del actual sistema de bienestar. Estas propuestas llevarían a una profunda transformación de la familia norteamericana y de la sociedad norteamericana tal como nosotros la conocemos. En la práctica, constituiría una interferencia masiva por parte del estado en los asuntos de la familia, para convertir a esta última en un instrumento de redistribución del ingreso.

⁸Richard Delone y el Consejo Carnegie Para el Niño, *Small Future: Children, Inequality and the Limits of Liberal Reform* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1979).

Estoy de acuerdo que la familia ha perdido algo de su poder, especialmente entre los pobres, los grupos minoritarios y los limitados. Pero si efectivamente deseamos habilitar a la gente para dirigir sus propias vidas, si efectivamente el objetivo es hacer a la familia más autosuficiente y menos dependiente, ¿es el más razonable de los caminos el sugerido por Keniston y el Consejo Carnegie?

Los autores de *All Our Children* parecen estar convencidos que las causas que ellos abrazan y las medidas que proponen son en favor de los débiles contra los fuertes, de los pobres contra los ricos. Pero los acontecimientos de la década pasada, ¿no han demostrado acaso que muchas de las intervenciones avaladas por la izquierda pseudo liberal, aunque admirables en su intención y a pesar de la seriedad con que fueron promovidas y respaldadas, han tenido un historial deprimente? El transporte escolar integrado y la acción afirmativa son ejemplos de programas que, en el mejor de los casos, han significado sólo una pequeña mejora para aquellos en cuyo interés fue puesta en movimiento toda la maquinaria. En los últimos años, muchos programas en favor de los pobres, demuestran ampliamente este punto. La mayoría de las demandas por igualdad social, económica, racial, sexual, intelectual, sirven solamente para intensificar estas desigualdades. Y ahora se quiere enrollar a la familia para combatir por una sociedad más justa, más equitativa y más hermanable. En esta batalla, toda forma de sufrimiento humano, real e innecesario, se confunde con maldades tales como explotación económica, desempleo, la amenaza nuclear y malos hábitos nutricionales. Presumiblemente todos estos males son manifestaciones del capitalismo de mercado libre.

En el gran cambio de dirección que está por empezar, aquellos que alguna vez pensaron muy poco sobre la familia, aún al punto de esperar su destrucción, piensan ahora mucho sobre ella. La familia debe convertirse en el vehículo para la redistribución del ingreso, para la reforma tributaria y para una política de pleno empleo garantizado. Al mismo tiempo, la familia debe enrollarse en la batalla contra los males de moda tales como el consumismo, la economía de *laissez-faire* y la tecnología moderna. En resumen, la institución de la familia será convertida en un instrumento para cambiar el sistema norteamericano.

Ha llegado a ser evidente que el redescubrimiento de la familia debe tomar en consideración su relación con una sociedad más amplia. Tanto Lasch como Keniston han hecho esta exigencia dramáticamente clara. La necesidad de tales consideraciones se

hace más patente en la desequilibrada comprensión de esta relación que surge de sus libros. Lo que es más, en un alto grado esta interpretación es bastante típica de la confusión general imperante. A pesar del cambio de dirección generalizado, la discusión pública sobre la familia sigue estando dominada por la misma percepción intelectual elitista del mundo que ha monopolizado la interpretación de la sociedad moderna desde la Ilustración. Parece que los viejos sueños demoran en morir. Es precisamente este tipo de actitud mental, en su apoyo proclamado al conocimiento experto y a la más alta conciencia, contra la cual los pobres y la clase trabajadora han estado impotentes por tanto tiempo.

Para definir aún más nuestro interés debemos volvernos hacia otro libro que últimamente ha concitado gran atención: La muy entretenida obra de Sheila Rothman, *Woman's Proper Place*. Traza el rol cambiante y la autocomprensión de la mujer en Norteamérica durante los últimos cien años. En gran medida, Rothman ha escrito la historia "oficial" de las fuerzas que han llevado al nacimiento y dominio del movimiento de liberación femenina y sus consecuencias para la familia norteamericana.

Como una cuidadosa historiadora cultural, Rothman registra también el efecto revolucionador de la tecnología sobre la vida de las mujeres y sus familias. Su investigación sobre el rol de las innovaciones tecnológicas a partir del fin del siglo diecinueve, demuestra claramente los efectos liberalizadores de la industria moderna y sus artículos de consumo producidos masivamente en la vida de las familias norteamericanas. Los sistemas de alcantarillado moderno, la electricidad y el agua potable fría y caliente, mejoraron la situación sanitaria y de salud, y al mismo tiempo el advenimiento de las máquinas lavadoras, refrigeradoras y los implementos destinados a ahorrar trabajo a la dueña de casa, vomitados por una feroz industria competitiva, beneficiaron inmensamente no sólo al rico, sino que por sobre todo a la clase trabajadora y aquellos en la pobreza. "Estas comodidades", dice Rothman, "son en tal forma parte de nuestras vidas, que podemos fácilmente olvidar su significado para la primera generación de mujeres que las disfrutaron: ellas redujeron, casi eliminaron, una extraordinaria cantidad de tareas serviles".⁹ Rothman muestra en forma convincente que fue precisamente la muy difamada tecnología modernizante desarrollada por el sistema de mercado libre la que

⁹Sheila Rothman, *Woman's Proper Place: A History of Changing Ideals and Practices, 1810 to the Present* (New York: Basic Books, 1978), pp. 14 y sig.

permitió la producción masiva y la más amplia distribución de estos productos. Mejores condiciones de vida y de salud y, por sobre todo, el más amplio despliegue de oportunidades, son el producto de un sistema político económico específico que permite la libertad del individuo en un grado desconocido hasta ahora.

Este sistema también impulsó la tolerancia pública de diferentes estilos de vida y proporcionó la base económica para el movimiento de liberación femenina. Al lamentar el consumismo de la sociedad norteamericana, la crítica radical no llega a comprender que la prosperidad y la diversidad de bienes disponibles provee lo que un marxista llamaría la "subestructura material" para la liberación de la escasez y del trabajo desagradable. Tal como Rothman lo muestra históricamente, aunque este no sea su fin declarado, la liberación significa por sobre todo un salto cuántico en el número de posibilidades que se abre a los individuos. Complementando el análisis de Rothman, parece que existiera una correlación crucial entre la política y la economía, esto es, entre libertad política y libertad económica, en una democracia pluralista. Esta correlación ha sido ampliamente reconocida por pensadores sociales del pasado, tales como Max Weber, pero ha caído hoy en el descrédito. La evidencia empírica demuestra la superioridad de la economía de mercado libre en el mejoramiento de las condiciones de vida y oportunidades para la mayoría. Es una paradoja que frente a los indiscutibles logros del mercado libre, se perciba al sistema capitalista como el causante de todo mal.

De acuerdo con Rothman, después de una sucesión de cambios en la definición de la femineidad en Norteamérica ("femineidad virtuosa", "maternidad educada" y "mujer como compañera-esposa"), al final de la década del cincuenta, la nueva definición de "mujer como persona" se hizo presente. La nueva autodefinition de la mujer se tradujo en un agudo conflicto con las necesidades de sus niños. Al tiempo que las mujeres, en gran número, empezaron a dejar la casa con el objeto de encontrar su verdadera "personalidad" en ocupaciones pagadas, las agencias gubernamentales fueron presionadas para encontrar soluciones a los problemas del cuidado del niño, que muchos observadores consideraron urgentes. Parece que operaron una combinación de fuerzas para aumentar la intervención del estado en los asuntos de la familia, y ello no fue, como argumenta Christopher Lasch, solamente el resultado del interés expansionista del cuerpo profesional. Prescindiendo de la causa, existe una aceptación generalizada de que se ha producido una expansión significativa del poder

del estado. La descripción de Rothman de la paradójal y, a veces, aún trágica consecuencia de este cambio es, en efecto, persuasiva.

Un segundo punto importante del libro de Rothman, es que la definición de mujer "corno persona" fuera de su casa y de la familia, es en gran parte un fenómeno de clase. En la clase media educada, los valores y significado derivados de lo que los sociólogos llaman "la esfera privada" (esto es, familia, vecindario y religión) son negados y denigrados; mientras el éxito en "la esfera pública" (trabajo y política) es considerado el único camino para que la mujer alcance verdadera "personalidad". Sin embargo, generalmente no se reconoce que trabajo significa cosas completamente diferentes para las distintas clases sociales. En efecto, para las mujeres muy educadas de la clase media puede muy bien ser que los problemas de "identidad incierta" puedan resolverse solamente en el mundo del trabajo fuera de la familia, y de ninguna manera deseo minimizar este problema. Diferentes clases sociales, sin embargo, y diferentes tipos de personalidad, independientemente de su clase de origen, tienen diferentes prioridades y valores. Para la mayoría de las mujeres de la clase trabajadora, el deseo más apremiante durante el período fértil de su vida y cuando deben criar a los niños, es el de estar con ellos y cuidarlos. Para muchas, al menos durante este período, el trabajo es más una necesidad económica y una carga que un medio para alcanzar identidad personal. Si se les da la oportunidad, que a la mayoría de las mujeres no se les da, preferirían participar en la familia, en la casa, en el vecindario y en las diversas organizaciones religiosas y voluntarias que tradicionalmente han contribuido a la variedad y riqueza de la vida cultural en Norteamérica.

En este momento aparece un dilema fundamental de política. Como Rothman muy bien reconoce, la política pública es moldeada principalmente por grupos vocales, anclados en la clase media, que buscan soluciones a sus propios problemas intentando legitimizar sus propios intereses bajo la divisa de ayuda al pobre y al oprimido. El hecho que diferentes grupos sociales puedan tener diferentes necesidades, tal como pueden tener diferentes valores, es absolutamente ignorado. Este descuido ha tenido drásticas consecuencias. Porque cuando los intelectuales de clase media invitan a la acción gubernamental para mejorar la calidad de la vida del pobre, tal como ellos la perciben, a menudo sólo entregan al estado otro medio para manipular a los pobres.

Selma Fraiberg, la eminente psicóloga y terapeuta infantil entró en la arena de la controversia con *Every Child's Birthright*:

In *Defense of Mothering*¹⁰. En este libro, la doctora Fraiberg presenta una defensa inequívoca de las necesidades de los niños, que cree son hoy día desastrosas y peligrosamente descuidadas por aquellos que buscan separar las necesidades de las mujeres de aquellas de sus niños. Ella resumió los aspectos más importantes de su libro en una entrevista con el *New York Times* (11 de diciembre de 1977):

La estadística nos dice que existen cerca de 14 millones de madres trabajadoras que necesitan un cuidado sustitutivo para sus niños y 5 millones de ellas tienen alrededor de 6 millones de niños pre-escolares en necesidad de "cuidado diario". Pero los centros y casas permitidos de cuidado diario no proveen una respuesta numérica al problema. Hay cerca de un millón de lugares disponibles, a lo mejor un poco más, en centros de cuidado diario. Tengo que decirlo: muchos de estos centros, aún aquellos autorizados, no están entregando lo necesario para las reales necesidades emocionales de los niños.

...¿Qué clase de cuidado obtienen estos niños?... Tengo que criticar muchas de esas soluciones; tengo que hablar en contra de la forma en que miles y miles de niños son tratados; pasados de un virtual extraño a otro en nombre del "cuidado diario". Aún los centros de cuidado diario autorizados o guarderías pre-escolares son a menudo incapaces de satisfacer las necesidades del niño por una relación sostenida y estrecha con la persona que se preocupa de él. Niños jóvenes que llegan a conocer tal persona y luego la pierden, muestran ansiedad, agitación, aflicción. Cuando esos niños permanentemente están conociendo a alguien, y luego perdiendo a ese alguien y conociendo a otro y perdiendo a ese otro, y así sucesivamente; o cuando (y esto no es raro en absoluto) no conocen cada día a nadie lo suficientemente bien para sentirse apegada, para sentirse confiado; bueno, habrán consecuencias emocionales: falta de confianza en el futuro; un cierto grado de retraimiento futuro, un cierto grado de retiro del mundo.

Aparte de los astronómicos recursos económicos que se necesitarían para ofrecer sustitutos maternos autorizados por el gobierno, la doctora Fraiberg, desde su vasta experiencia, destaca fríamente que tales sustitutos no debieran existir hoy día, sean estos autorizados o no. Esta posición tan honesta, aunque impopular, hizo que la doctora Fraiberg fuera atacada fuertemente. Yo, personalmente, simpatizo con su solución al problema: en lugar de destinar miles de millones de dólares de dinero estatal para

¹⁰New York: Basic Books, 1977.

crear, en el mejor de los casos, un dudoso y en el peor, un dañino sistema de cuidado del niño, deberíamos usar los fondos federales para dar asistencia a esas madres que quieren cuidar sus propios niños.

La pregunta surge ahora: ¿qué vamos a hacer con todas las nuevas interpretaciones y proposiciones que han surgido durante el reciente redescubrimiento de la familia? ¿Podemos movernos ahora hacia adelante y buscar un reconocimiento más apropiado de las necesidades y valores de las personas comunes norteamericanas? ¿Hay algún antecedente empíricamente verificable que describa las prácticas familiares comúnmente usadas por la mayoría de los norteamericanos y sus valores, necesidades y esperanzas? En resumen, ¿está disponible alguna información no apologética y no ideológica sobre la vida familiar de los norteamericanos hoy día? Afortunadamente sí la hay: el importante libro de Mary Jo Bane, *Here to Stay: American Families in the Twentieth Century*.¹¹ Las credenciales de Bañe son impecables: coautora con Christopher Jencks de *Inequality*,¹² coeditora con Donald M. Levine de *The Inequality Controversy*,¹³ y directora asociada del Centro de Investigación de la Mujer del Wellesley College; es una investigadora experimentada y estudiosa, que se apoya fuertemente en indicadores demográficos y en la interpretación de datos cuantitativos. Políticamente, es difícil acusarla de sesgos conservadores. En su investigación, es cruelmente honesta. Nos dice, candidamente, que cuando comenzó su estudio de la familia norteamericana contemporánea, esperaba ser capaz de verificar las dimensiones de su triste estado y de concluir que deberíamos desarrollar "instituciones públicas para reemplazarla por otras formas de arreglos de vida y otros métodos de cuidado del niño".¹⁴

Contrariamente a sus expectativas, llegó a ser evidente que el poder de permanencia de la familia norteamericana había sido subestimado groseramente. De hecho, todos los indicadores que ella usó demostraron que la familia norteamericana no está ni perdida ni en crisis. Bañe clasificó lacónicamente como mito las predicciones de ruina y de crisis, la así llamada nueva realidad, que habían dominado la arena pública.

Mito I. La familia destrozada. La información de Bañe indica

¹¹New York: Basic Books, 1977.

¹²Christopher Jencks et al, *Inequality* (New York: Basic Books, 1972).

¹³Donald M. Levine y Mary Jo Bane, eds: *The Inequality Controversy* (New York: Basic Books, 1975).

¹⁴Bane, *Here to Stay*, p. xiv.

que no hay fundamento para la creencia, ampliamente compartida, que el hogar se ha convertido en poco más que un lugar de alojamiento, que la familia es incapaz y no desea cuidar de sus niños, que las relaciones padre-hijo están destrozadas. Es cierto que la familia se ha reducido de tamaño, pero la estructura familiar norteamericana no ha cambiado mucho a lo largo de los últimos cien años. Por el contrario, los lazos entre padres e hijos se han prolongado e intensificado, y aunque muchas madres se han unido a la fuerza de trabajo, no existe evidencia que esto haya afectado en forma mensurable la calidad o cantidad de la interacción madre-hijo.

Mito II. Declinación del matrimonio. Nuevamente Bane demuestra que entre el 90 y el 95 por ciento de los norteamericanos se casan al menos una vez y aunque la tasa de divorcio ha aumentado significativamente, aquellos que se divorcian tienden a casarse rápidamente. La proporción de solteros, históricamente muy pequeña, ha aumentado sólo ligeramente. En general, los hombres y mujeres casados se clasifican a sí mismos como "más felices" que los solteros, divorciados o viudos. Las tasas de mortalidad para los hombres y mujeres casados son significativamente más bajas que para los solteros de todas las edades. El matrimonio como institución continúa, a pesar de las indicaciones de mayores conflictos y tensiones entre maridos y esposas.

Mito III. La familia nuclear aislada en relación a la familia extendida. Mucho se ha dicho en las décadas recientes sobre la aparición de la familia nuclear aislada. Se ha afirmado que la familia norteamericana, privada en forma creciente de lazos familiares más amplios, ha llegado a aislarse volviéndose hacia adentro, en una trayectoria hacia sí misma y, a menudo, destructiva. Bane muestra que la contracción de la familia norteamericana desde una estructura extendida a una nuclear, es también un mito. La gran familia parece que nunca existió en este país y lejos de aislarse de sus familiares, la familia nuclear contemporánea mantiene lazos estrechos con muchos familiares. Aunque existe una tendencia en los jóvenes y los viejos de vivir en sus propios hogares, no por eso dejan de interactuar frecuentemente con los otros miembros de su familia.

Mito IV. La familia nuclear aislada de su comunidad. Bane también expone el mito de que la familia moderna, privada de los lazos con la gran familia, enfrenta soledad y un aislamiento creciente de la comunidad, especialmente en el ambiente urbano. Esta percepción, incidentalmente, fue instrumental al revivir el movimiento para establecer comunas. Clasificando los datos dis-

persos que sostienen esta premisa, Bane concluye que a pesar de la gran (aunque limitada) movilidad geográfica, los obstáculos arquitectónicos y burocráticos, los norteamericanos son sorprendentemente hábiles para encontrar amigos y formar nuevas relaciones. Los norteamericanos, parece, continúan actuando por altruismo para ayudarse unos a otros, y una proporción sorprendentemente alta de ellos toma parte en actividades comunitarias y cooperativas.

Para resumir los hallazgos de Bane, cualquiera sean los cambios ocurridos durante los últimos cien años, lo más probable es que ellos sean menos catastróficos de lo que la mayoría de los analistas los hacen aparecer. El punto queda mejor expresado en las propias palabras de Bane:

*Suponer que la familia está muerta o moribunda puede conducir a políticas que, en su desesperado intento por mantener vivo al paciente, violan innecesariamente otros valores apreciados y demuestra, una vez más, que la cura puede ser peor que la enfermedad. Una preocupación muy urgente por reemplazar a la familia "moribunda" puede, de hecho, producir su muerte prematura.*¹⁵

Uno de los problemas más notables hoy en día, es que supuestos infundados han guiado la política pública en el pasado, tal como siguen configurando la batalla presente por el redescubrimiento de la familia. Los datos de Bane demuestran en forma convincente que los hombres, mujeres y niños norteamericanos continúan comprometidos con la familia; el matrimonio como institución continúa siendo central en la vida de los individuos; los lazos familiares más amplios no se han debilitado; y las familias norteamericanas no están ni más ni menos aisladas de la comunidad y de las sociedades más amplias que en otros tiempos de la historia norteamericana.

Como he tratado de mostrar, la tendencia en el análisis y la política de la familia ya no es el tratar de reemplazar la familia, como fue la moda sólo unos pocos años atrás. En lugar de ello, se juzga la familia como algo que necesita urgentemente ayuda, más atención y medidas extraordinarias, todas determinadas, financiadas y distribuidas por el gobierno. Es extraño que la andanada de análisis de esta clase pareciera ser diametralmente opuestos a las prácticas, valores y esperanzas individuales, que se muestran vivos en los datos presentados por Mary Jo Bane.

Es precisamente en esta coyuntura que el concepto de estruc-

tura intermedia ofrece una alternativa a la intervención gubernamental. Este enfoque intenta reconciliar con sentido común las continuas prácticas privadas y el compromiso de los norteamericanos con los nuevos valores públicos surgidos de variadas presiones y exigencias del mundo de hoy.

3. El enfoque de estructura intermedia a la familia y al cuidado del niño

Al diseñar el enfoque de estructura intermedia sobre las necesidades de la familia norteamericana, trataré de demostrar como éste difiere de otros enfoques a la familia y cuidado del niño, y por qué el enfoque de estructuras intermedias es imperativo. Como la política pública está interesada, en primer lugar, en las relaciones de la familia hacia sus hijos y su capacidad para cuidar de ellos, limitaré mis consideraciones a este aspecto.

Desde una perspectiva de estructuras intermedias el problema central de la familia norteamericana es su pérdida de autonomía. Puede muy bien ser, tal como Mary Jo Bane ha mostrado (a mi entender, convincentemente), que la familia sigue siendo central en la vida de los individuos. Sin embargo, la situación de la familia ha cambiado fundamentalmente con la expansión del poder del estado en la relación de la familia con sus hijos.

Puedo decir con un grado aceptable de certeza que un número de fuerzas, tanto dentro como fuera de la familia, ha provocado el crecimiento de la intervención estatal en los asuntos familiares. La mayoría de las fuerzas externas están profundamente enraizadas en el proceso de modernización que ha transformado todos los sectores importantes de la sociedad contemporánea. Entre estos cambios, los más visibles son las siempre crecientes diferenciaciones de las instituciones, que han despojado a la familia de funciones anteriores tales como la educación; el desarrollo tecnológico y la burocratización de la economía que han hecho a la familia dependiente del sistema de producción económica y así le han robado su rol tradicional e integrador como unidad económica autosuficiente; y la urbanización, el proceso modernizador que parece haber tenido las mayores consecuencias para los modelos de habitación e interacción humana.

Estas fuerzas de la modernidad parecían cambiar al mundo con velocidad de cataclismo. Como resultado, fueron percibidas como generadoras de efectos devastadores sobre la familia. No sólo removieron a la familia de sus funciones educativas y económicas tradicionales, sino que estas fuerzas externas eran por sobre to-

do vistas como instrumentos de la erosión de las fuentes tradicionales de cohesión familiar (en la jerga de los sociólogos, "los vínculos orgánicos de solidaridad") así como de sus fuentes tradicionales de autoridad. Los colegios, por ejemplo, no sólo han ofrecido instrucción académica, sino que también han modelado los valores y la moralidad individual independientemente de la familia. Estos cambios, sin embargo, no fueron completamente negativos. Por ejemplo, podría argumentarse con bastante éxito que el progreso económico y la especialización ayudó a liberar al individuo y sus familias de la lucha y deseos económicos. El surgimiento del sistema educacional puede también ser visto como una ayuda a los individuos, a las familias y a una sociedad modernizante. En ambas instancias, la modernización libera al individuo de los estrechos confines de la familia, tal como libera a la familia de tener que ser todo para el individuo. Si bien la familia puede haber perdido sus funciones tradicionales, ha ganado otras nuevas, tales como las de proveer al sostenimiento emocional y afectivo del individuo. Estas nuevas funciones fueron vistas como algo más que psicológicas y fueron celebradas por algunos como desarrolladoras de individuos verdaderamente "independientes". Para muchos observadores, la institución educacional en expansión, en especial, se convirtió en una atractiva y poderosa realidad investida de un significado casi religioso (Iván Illich llamó a los colegios las "nuevas iglesias").¹⁶ A veces se vio a la educación casi como una panacea. Lo que es importante para nuestro argumento es que la modernización no fue, y no debiera ser, vista *sólo* como una fuerza negativa, robándole a la familia sus funciones y autoridad y arrojando al individuo en el anonimato y la soledad. Ciertamente puede hacer eso, pero al mismo tiempo la modernidad puede también ser vista como una fuerza liberadora.

Liberación es un singular concepto occidental derivado del punto de vista roussonian que "los hombres nacen libres y aún así ellos están en todas partes encadenados". La tarea suprema, de acuerdo a esta filosofía, es la liberación del ser humano de la prisión del tradicionalismo, de las barreras culturales y de las prácticas sociales opresivas. Por sobre todo, Rousseau insistió, la familia, el generador y reforzador más poderoso de las tradiciones miserables, debe ser quebrada. La condena de Rousseau a la familia, proveyó una base filosófica efectiva para que pensadores subsecuentes atacaran la institución de la familia como una barre-

¹⁶Iván Illich, *Deschooling Society*, (New York: Harper and Row, 1971).

ra al progreso social y a la libertad individual. Este descuido generalizado por la familia ha conducido al deseo de confiar en "expertos" de afuera más que en miembros de la familia y ha culminado hoy día en el movimiento de liberación femenina, como así también en el movimiento pro-derechos del niño. Ambos movimientos pueden reunir un gran apoyo y no es fácil prejuizar a ambos.

Esta tradición rousoniana subraya que la sociedad moderna es proclive a buscar en la arena jurídico-política los mecanismos primarios que facilitan la lucha por la liberación de todos los individuos. Porque si la autoridad de la tradición debe ser despedazada, si se va a abrir la pesada celda de la familia, la vida social e individual debe ser anclada en el terreno público, que es percibido como más justo y más apropiado para proveer por la igualdad y la realización de la individualidad. Para Rousseau y aquellos que sostienen esta tradición, la respuesta es simple: la autoridad "pública" debe suplantar la autoridad de la tradición, y esto debe hacerse a expensas de la autoridad "doméstica" de la familia. La visión rousoniana, al imponer el advenimiento del "público" como garante de la libertad, se ve confirmada por los acontecimientos modernos. Es irónico que aunque esta visión va penetrando cada nicho de la vida y cada rincón del mundo, el orden económico que la ha hecho posible es completamente negado.

Lejos, el supuesto prevaleciente hoy día sostiene que las unidades políticas de la sociedad son el individuo y el estado, no el estado y la familia. Esta clase de sociedad exige una gran burocracia, porque no hay alternativa cuando no hay unidades sociales para mediar entre el estado y los individuos, y para responder a las necesidades individuales. En resumen, la intervención del estado en los asuntos de la familia y el desarrollo concomitante de agencias profesionales del estado que desafían la autoridad familiar, tiene dos fuentes: la transferencia de funciones desde la familia a otras instituciones especializadas y la nueva conciencia de la liberación individual. Más aún, estos desarrollos son un resultado general de la modernización, independiente del sistema económico y político bajo el cual puede desarrollarse el proceso de modernización. La situación no es, como Christopher Lasch quiere que nosotros creamos, principalmente el producto de una cuasi-conspiración de profesionales que son instrumentos inconscientes de un sistema económico basado en el capital privado y dominado por grandes corporaciones.

Se puede, por supuesto, argumentar que, una vez establecida, una tendencia sigue su curso independientemente de las fuerzas

que la hicieron emerger, impulsada por su propia dinámica. Este argumento también pertenece a las dinámicas de la profesionalización. Sin embargo, este es un proceso extremadamente complicado conducido por muchos imponderables. Sin duda, en nuestra sociedad podemos advertir un imperialismo de los profesionales. Pero otras fuerzas tales como los valores e ideales deben ser tomadas en consideración. Sin embargo, la bien conocida dinámica de la profesionalización llega a ser un genuino problema social, cuando aquellos que formulan los valores e ideales públicos son los mismos profesionales que más se benefician de tales formulaciones. Me estoy refiriendo aquí al rol de la clase social en la formulación de la política pública, un problema que no puede sobreenfatzarse.

Por algún tiempo, la percepción general del público ha sido que la familia sola ya no es capaz de preparar y proteger adecuadamente a sus niños en un mundo de modernización. Las deficiencias de la familia, se afirmó, eran dramáticamente visibles en el caso de los inmigrantes, emigrantes y los grupos étnicos y raciales pobres. Sin argumentos en contra, rara vez se preguntó, si es que alguna vez, hasta qué grado esta percepción era correcta. Se consideraba que ciertos tipos de familias tenían necesidad creciente de la ayuda y asistencia de profesionales conocedores y entrenados. Un gran público, percibiendo que esta necesidad era urgente y real, estaba deseoso de subsidiar el costo de estos servicios con fondos de las arcas fiscales. No es sorprendente que los profesionales estuviesen ansiosos de agradar.

Llenaría volúmenes el describir los esfuerzos y vacilaciones de "los mandarines del cuidado del niño" en su búsqueda por métodos y herramientas legítimas y "científicas" que no sólo suplementarían las funciones familiares de crianza y cuidado de niño, sino que los alejarían cada vez más de la familia. Pero no se pudieron encontrar respuestas y pautas absolutamente claras. Las controversias proliferaban a medida que complicados estudios, dudosas teorías y ortodoxias intelectuales contradictorias y competitivas consumían tiempo y energías en la batalla por la familia.

Mientras la ciénaga de nociones y demandas sobre la familia y cuidado del niño ha creado desorden en las familias de clase media, su influencia sobre el segmento de la población que no pertenece a la clase media ha sido devastador. Aún es posible para los padres de clase media prevalecer y sobrevivir a los ataques contra la familia; al menos tienen los medios financieros, la habilidad verbal y el conocimiento burocrático para navegar alrededor de los más rudos peligros que enfrentan ellos y sus hijos.

Sin embargo, las clases más pobres carecen de dinero, status y conocimiento verbal y por lo tanto son particularmente vulnerables. Más que nadie, se convierten en las víctimas indefensas de los "intrusos amistosos", los expertos y agencias que cada vez más comienzan a dirigir sus vidas. La paradoja de la dinámica de la profesionalización es acentuada por esta diferencia de clases. En lugar de entregarles los medios para enfrentar los desafíos y tener éxito, en lugar de la liberación y del esfuerzo a sus elecciones individuales, frecuentemente las familias pobres reciben exactamente lo contrario: más intervención y la pérdida de posibilidades y libertad individual. El efecto sobre las familias negras ha sido particularmente desastroso. Es este tutelaje de los pobres el que líderes tales como Jese Jackson están tratando de romper. Buscar una salida a esta situación creando *más* servicios profesionales e interferencia en los asuntos de la familia, tal como lo hacen Keniston y sus asociados, me parece absurdo a la luz de los pobres resultados de muchos de estos programas. Los problemas objetivos han persistido, si es que no se han multiplicado, a pesar de la intervención masiva y de las inmensas sumas gastadas de las arcas fiscales. Cualquiera que sean los argumentos, la pérdida de autonomía de la familia norteamericana es evidente, especialmente (pero no sólo) en el caso de las familias pobres y de clase baja. Claramente la familia norteamericana ha perdido su función de mediador entre el niño y el estado.

En el actual debate sobre la familia y el cuidado del niño, aquellos que, como Keniston, buscan una reestructuración total del sistema social, económico y político norteamericano, tienen el apoyo de los teóricos seudo liberales y de los viejos practicantes del "hacer el bien", quienes temen que las consideraciones fiscales pueden, en definitiva, castigar la oportunidad de los pobres para una mayor igualdad. En la mente de David Rothman, coautor de *Doing Good*, Norteamérica está moviéndose a una era postreformista y el compromiso de intervención estatal paternalista en nombre de la igualdad está dejando paso al compromiso de restringir la intervención en nombre de la libertad. Esta es una afirmación seria. A medida que la vieja reforma seudo liberal se ve desacreditada, a medida que se hace manifiesto el desencanto por la intervención estatal y profesional, debemos preguntarnos si estos dos compromisos norteamericanos fundamentales, la libertad y la igualdad, son mutuamente excluyentes.

A estas alturas se hace sorprendentemente claro no sólo que una perspectiva de estructura intermedia sobre la sociedad presenta una alternativa genuina a los enfoques que han dominado

hasta el momento, sino también que tal perspectiva es imperativa si deseamos seguir buscando la libertad y la igualdad. Pienso que en ninguna parte se hace más obvia la necesidad de este tan descuidado enfoque de estructura intermedia, que en el debate referente a la política nacional de la familia. En definitiva, la percepción de la familia norteamericana y las proposiciones para alternativas y ayudas a la familia están llegando a los asuntos por el lado equivocado. Es importante reconocer que los conceptos norteamericanos de democracia, libertad e igualdad no son simples abstracciones, sino que están enraizados en las realidades prácticas de la vida diaria de los individuos en una sociedad altamente pluralista.

Un conocimiento adecuado de la vida de la gente corriente, sus costumbres y esperanzas, se transforma así en el primer imperativo. Como se indicó antes, la obra de Mary Jo Bane *Here to Stay* recoge datos empíricos que arrojan dudas sobre muchos de los clichés hasta ahora aceptados en torno a la familia norteamericana contemporánea. Estos datos ayudan a formular un concepto de la familia norteamericana para usar en el desarrollo de un modelo de política que considere seriamente a la gente común.

Esta conceptualización es la tarea explícita del Proyecto de Estructuras Intermedias del American Enterprise Institute. De acuerdo con sus creadores, Peter Berger y Richard John Neuhaus, el Proyecto de Estructuras Intermedias busca identificar "esas instituciones que han sido olvidadas y que han sido descuidadas" a veces incluso hasta el linde de la destrucción, pero que siguen siendo de primera importancia en la vida de los ciudadanos norteamericanos comunes.¹⁷ Berger-Neuhaus perciben las instituciones de la familia, vecindario, iglesia y asociaciones voluntarias como vitales para el futuro de la democracia. Esta percepción y su énfasis en los norteamericanos comunes ha estado perdida en la tendencia presente hacia el redescubrimiento del significado de la familia.

Entre las estructuras intermedias que continúan ordenando la vida de la mayoría de los individuos en la sociedad contemporánea, la familia ocupa claramente un lugar prioritario. Pero, ¿qué se quiere decir por "la familia"? Sugeriría que es inexacto hablar de la familia como si hubiera un solo tipo, ya que éste no existe en una forma pura. Empíricamente, existen diferencias considera-

¹⁷Peter L. Berger y Richard John Neuhaus, *To Empower People* (Washington, D.C. American Enterprise Institute, 1977).

bles entre las familias en términos de clase, composición étnica y raza, y han surgido recientemente una variedad de nuevas formas tales como padres solteros y familias de abuelos, que a menudo son más un producto de la necesidad que de la elección. Las familias también pueden diferenciarse según sus valores. Existen y siempre han existido fuertes compromisos con los valores en la sociedad norteamericana, derivados de sistemas religiosos y cuasi-religiosos que tienen un profundo impacto sobre el tipo de familia que las personas buscan establecer. A menudo, sin embargo, esta dimensión de valores y moralidad es ignorada en la discusión común. El pluralismo político, cultural y valórico de la sociedad norteamericana tiene gran significación para el pluralismo de la familia norteamericana; tradicionalmente han coexistido toda clase de estructuras y grados familiares una al lado de la otra, y continúan haciéndolo.

Norteamérica no es sólo una de las sociedades más complejas en la historia, sino quizás también una de las más heterogéneas. Nathan Glazer y Daniel P. Moynihan han ilustrado este punto:

En 1660 William Kief, el gobernador holandés de Nueva Holanda, le dijo al jesuita francés Isaac Jogues que se hablaban dieciocho lenguas en y cerca de Fort Amsterdam en el extremo de la isla de Manhattan. Todavía están: no necesariamente las mismas lenguas, pero al menos igual cantidad; nunca tampoco ha declinado el número en los tres siglos transcurridos. Este es un hecho esencial de Nueva York: una metrópolis comercial con una población extraordinariamente heterogénea. El primer grupo de colonizadores enviados por los holandeses estuvo formado principalmente por protestantes que hablaban francés... siguieron a éstos, ingleses, alemanes, finlandeses, judíos, suecos, africanos, italianos, irlandeses, dando origen a un flujo que jamás se ha detenido...

*El censo de 1960 mostró que el 19 por ciento de la población de la ciudad eran blancos nacidos en el exterior; 28 por ciento eran hijos de blancos nacidos en el exterior; otro 14 por ciento era negro; 8 por ciento era portorriqueño de nacimiento o por parentesco. Incuestionablemente, una gran mayoría del resto (31 por ciento) eran los nietos y bisnietos de inmigrantes y todavía se consideran a sí mismo, en algunas ocasiones y para algunos propósitos, como alemanes, irlandeses, italianos, judíos u otros, al mismo tiempo que, por supuesto, norteamericanos.*¹⁸

¹⁸Daniel P. Moynihan y Nathan Glazer, *Beyond the Melting Pot*, (Cambridge, Mass.: MIT Press, 1964), pp. 1, 7.

Desde el censo de 1960 la heterogeneidad étnica de Nueva York puede haber aumentado aún más, a medida que nuevos grupos fluyen a la ciudad, siendo hispánicos, indios y asiáticos del sudeste los últimos en llegar. Casi todos los países del mundo están lo suficientemente representados en Nueva York como para formar comunidades de miles con organizaciones, iglesias, un idioma y una cultura distinta. Nueva York no es único. Otras ciudades y aún muchas áreas rurales que alguna vez se caracterizaron por la homogeneidad étnica, se están transformando en conglomerados políglotas de grupos diversos. Esta coexistencia no transcurre de ninguna manera sin tensiones y debate. Sin embargo, se hace posible siempre que éstos diferentes grupos muestran preocupación por la familia, iglesia y organizaciones vecinales. Las comunidades verdaderas, a través de las barreras étnicas, tienden a surgir en esta forma porque todos los grupos étnicos fuertemente identificados con estos valores tradicionales los han ayudado a perseverar individualmente y como grupo. A través de tales valores compartidos, los individuos pueden comprender la vida de otros, aún de verdaderos extraños.

Pienso que se puede plantear un argumento poderoso a favor de la continuación del pluralismo, y la política pública debe tomar conciencia de las estructuras pluralistas de la familia. Este punto se ve reforzado por el hecho, antes mencionado, que no hay pruebas "científicas" que permitan una superioridad inequívoca de ningún tipo de familia sobre otra.

Las familias norteamericanas, en su considerable diversidad, están ancladas en la sociedad más amplia a través de una red de organizaciones voluntarias. Como la familia es una estructura intermedia por derecho propio, necesita también de otras estructuras intermedias que la atan a otros grupos más abstractos tales como la nación y el estado. En las palabras del sociólogo Jack Douglas:

*La nación de carpinteros ha creado una red de organizaciones voluntarias superpuestas y entrelazadas aunque independientes, para casi cualquier propósito social concebible, que van desde la preservación de los árboles de madera roja, al derrocamiento de gobiernos extranjeros tanto amigos como enemigos. Los norteamericanos han sido conocidos por su capacidad empresarial durante casi dos siglos y la importancia de esta actividad empresarial no debe ser subestimada.*¹⁹

¹⁹Jack Douglas, *American Social Order*, (New York: Free Press, 1971), p. 258

En la remodelación de una percepción más adecuada a las realidades de la vida social norteamericana, es imperativo reconocer la continua significación de esta red de grupos y organizaciones voluntarias para el individuo y la familia norteamericana. Toda la información que he visto, revela que la vasta mayoría de los norteamericanos escoge sus relaciones principales de grupo y su afiliación a organizaciones según líneas étnicas, religiosas y vecinales. Estas preferencias son reforzadas por las experiencias diarias de los individuos norteamericanos como también por la creciente comprensión del fracaso de otros grupos y agencias creadas por un estado distante. La condición de las familias negras es sólo uno de los ejemplos de como las agencias que diseñan la política gubernamental ignoran la fuerza de un grupo particular que está embebido en estructuras voluntarias no reconocidas por la percepción "oficial". Los escritos y opiniones de Robert Mill de la Liga Nacional Urbana prueban ampliamente este punto.

Existen, por supuesto, muchas dimensiones y consideraciones psicológicas, económicas y políticas que necesitan ser desarrolladas antes que la familia pueda ser percibida como la principal estructura intermedia entre el individuo y la sociedad. Selma Fraiberg, en *Every Child's Birthright*, presenta una posición que refleja una larga tradición en psicología del niño. Argumenta en favor de la importancia vital de la madre que se preocupa por sus propios hijos, al menos en las primeras etapas de su desarrollo, como también por la significación general de la interacción familiar para el desarrollo emocional del niño. Tales argumentos deben ser considerados en la construcción de una perspectiva de estructura intermedia, porque ellos vuelven a abrir la búsqueda de caminos y medios óptimos para desarrollar individuos saludables, con capacidades para la confianza y la creatividad. Sin embargo, las consecuencias de política que pueden recogerse de estos argumentos psicológicos, parecen ir en una dirección algo diferente. En vez de enfatizar la importancia de los padres biológicos en el cuidado del niño, una perspectiva de estructura intermedia se preocuparía mucho más de la capacidad de la sociedad para proveer un local estable para criar niños, junto con el proceso de socialización más allá de los años de niñez. La importancia de los padres biológicos cedería en relación con la significancia de un *local* para una socialización estable e individualizada. Las personas que están comprometidas y son capaces de preocuparse de las necesidades de los niños por un largo tiempo, sean éstos los padres biológicos (padre y madre), padres solteros (padre o madre), abuelos, padres putativos o padres adoptivos; y quienes

pueden proveer cuidado individualizado a sus niños, debieran ser reconocidos por la política pública como familia. El argumento de Fraiberg, debiera, en general, hacer a los políticos recelosos de las proposiciones que vayan en contra de la continuidad y de la estabilidad en la crianza del niño y debiera convencerlos de rechazar cualquier medida que pueda debilitar las estructuras existentes.

Como en cualquier otra área de política social, es aconsejable mirar la dimensión económica del modelo propuesto para la familia y el cuidado del niño. Desde la perspectiva de estructuras intermedias se puede argumentar convincentemente que si la política pública fuese a convertir a la familia en el principal agente y local del cuidado del niño, proveería una alternativa económica al cada vez más costoso servicio social. Aunque ninguna ganancia puede esperarse para las sitiadas arcas gubernamentales, habrá no obstante un ahorro real sin privar a los niños y sus familias de lo que necesitan. En efecto, la perspectiva de estructura intermedia en la familia y en el cuidado del niño provee una única instancia de política pública, donde la virtud es también económicamente recompensada.

Puedo hacer aquí sólo una corta referencia a muchas otras consecuencias. La democracia presupone individuos independientes capaces de juzgar, leales y socialmente comprometidos. Si el proceso de socialización de la sociedad no va a producir más tales individuos, la democracia es entonces una empresa condenada a morir. Por lo tanto, además de los costos personales y económicos de un entendimiento equivocado del rol vital de la familia en el cuidado de los niños, debería haber también una estimación seria de los costos políticos. La evidencia disponible muestra que los seres humanos, con el objeto de desarrollarse y florecer, necesitan un escenario asombrosamente similar al de la moderna familia nuclear en todas sus formas pluralistas. Es políticamente importante comprender que la moderna familia nuclear, tal como ha emergido en Occidente, está inexorablemente ligada a un orden de vida y de sociedad democrática. No es un accidente que los conceptos de democracia, libertad y derechos individuales del ser humano hayan sido parte del mismo proceso que produjo a la familia moderna. Aunque pueda argumentarse si existe una forma de familia preferible a otra, la evidencia es convincente en cuanto a que no existe un factor más dañino para el desarrollo y bienestar de un individuo que la ausencia de un cuidado intensivo e individualizado que sólo la familia nuclear puede proporcionar. Descuidar estas funciones de la gran varié-

dad de familias nucleares norteamericanas, una función vital para el individuo como para la sociedad, negarles a estas familias el derecho a cuidar de sus niños y la elección de servicios para ellos, es un último término una negación de la libertad.

Si ha de existir una política familiar nacional, ésta no debería ser concebida como una panacea para todos los problemas de la sociedad. La política debería reconocer a la familia como la institución principal de cuidado del niño y, al mismo tiempo, ser responsable de las diferentes necesidades. Por sobre todo, esta política debería garantizar la mayor cantidad de libertad y posibilidades. La perspectiva de estructura intermedia es un enfoque distintivo para la política pública de la familia y el cuidado del niño, en la medida que busca garantizar la mayor cantidad de libertad y elección a los individuos y grupos. He presentado en otra parte el modelo teórico de la familia como una estructura intermedia.²⁰ Por conveniencia, lo repito aquí:

1. *Una política familiar nacional debiera estar basada en la comprensión que la familia y ninguna otra estructura concebible es el escenario más viable para el cuidado del niño.* En lugar de confiar en expertos, a menudo con estilos propios, del cuidado del niño e ingenieros del bienestar familiar, la política debería enfatizar el rol de las familias individuales. Después de una historia de ambivalencia y desconfianza en los padres, en particular aquellos que son pobres y miembros de grupos minoritarios, los padres deberían ser vistos nuevamente como los mejores abogados del bienestar de sus niños.

Sin embargo, confiar en los padres una vez más, no implica un regreso a una definición restrictiva de la familia. Cualquiera que esté deseoso de comprometerse en el cuidado de un niño por un buen número de años y que esté deseoso de tomar la responsabilidad por un niño, debería ser incluido en la categoría de padre. En otras palabras, yo insistiría en la aceptación de una gran variedad de personas, con los más variados estilos de vida, como padres efectivos, *siempre que reúnan las condiciones anteriores.*

2. *En la medida que los servicios y agencias profesionales deban verse involucrados en el proceso del cuidado del niño, ellas deberían ser auxiliares de la familia y dentro de lo posible dejar la responsabilidad a los padres.* La mejor manera de asegurar una

²⁰"The Family and Mediating Structures as Agents for Child Care", en Brigitte Berger y Sidney Callahan, eds., *Child Care and Mediating Structures* (Washington D.C.: American Enterprise Institute, 1979), pp. 12-16.

responsabilidad, en mi opinión, es a través de un sistema de cupones que se pongan a disposición de los padres y que sean usados a su discreción. La intención no es oponerse al profesional como tal, sino tratar de clarificar el rol profesional vis a vis con la familia. Existe una necesidad real por consejo y servicio profesional en el área del cuidado del niño y, lejos, la gran mayoría de los profesionales del cuidado del niño tienen en el corazón el mejor interés del niño. Si, sin embargo, el mejor interés del niño es mejor servido dentro de la familia (como antes se definió), entonces se deduce que los servicios profesionales deben ser auxiliares a la familia.

3. *Una política familiar nacional debería respetar el pluralismo existente en los estilos de vida familiar y en el cuidado del niño.* Esto implica que el patrón particular de estilo de vida y cuidado del niño de cualquier grupo, incluyendo tanto a la clase media típica como a las minorías étnicas y pobres, no es denigrado ni preferido. También significa que una política familiar nacional no debiera estar guiada por ningún estándar o necesidad de clase media, ni por lo que corrientemente se entiende como las necesidades de grupos determinados, tales como los encabezados por mujeres dueñas de casa o étnicamente pobres.

Para asegurar respeto en la práctica y no solamente en la retórica, por la gran variedad de estilos de vida norteamericana, por su amplia y variada percepción y metas, como asimismo por las estructuras distintivas en las cuales están inmersos, y todavía ser sensible a las diferentes necesidades de las familias y sus niños, parecen indicados algunos tipos de asignaciones para el cuidado del niño. Este mecanismo, en mi opinión, resolverá la mayoría de los problemas en el debate nacional. Una asignación para el cuidado del niño permitiría a las familias individuales la más amplia elección posible en el cuidado de sus niños pequeños; permitiría opciones individuales en el diseño o uso de las más variadas formas de cuidado. Tales opciones deberían incluir la posibilidad que el padre individual (padre o madre) permanezca en la casa durante el período crucial de la infancia y niñez temprana y diseños tales como el uso del "abuelazgo", miembros familiares extendidos, grupos vecinales, facilidades para el cuidado del niño unidas al lugar de trabajo, medio tiempo, tiempo completo, incluso acuerdos por horas, al igual que centros gubernamentales de cualquier tamaño.

4. *Cualquier política familiar nacional debe estar libre de los mitos peyorativos que han rodeado a la familia negra.* Ha existido una tendencia muy difundida a ver y tratar la familia

negra, especialmente la familia negra pobre, como "desorganizada", "quebrada" y aún "patológica". Sin embargo, investigaciones recientes tales como la de Robert Hill, han encontrado que la cooperativa negra y las relaciones de parentesco tanto en las áreas rurales como en las ciudades, tienen una vitalidad, estabilidad y flexibilidad antes ignoradas.²¹ Estos estudios sugieren que las familias negras han persistido a pesar de la pobreza, primariamente a través de estrechos lazos de parentesco y ayuda mutua. La política nacional debería reconocer y apoyar tales vínculos. El mismo estímulo de los lazos de parentesco y ayuda mutua se aplica también a otras minorías y grupos. Cada vez que se rompan los lazos de parentesco, arreglos vecinales para la familia, tales como la Casa de Umoja en Filadelfia, que surgen de la comunidad sobre una base voluntaria, debieran ser reconocido y apoyados.

5. *La tesis en cuanto a la preeminencia de la familia, debiera aplicarse también a las variadas categorías de "niños especiales".* En contra de la corriente a separar "los niños especiales" de sus propias familias, la familia debería entenderse como la estructura más estable capaz de responder a las necesidades principales de los niños especiales. Cuando esto no es posible, los niños especiales debieran ser ubicados en ambientes lo más parecido posible a una situación familiar. Los servicios y grupos de profesionales deberían ser mirados como apoyo de la familia en lugar de sustitutos de ella. Este enfoque puede incluir el pago de asignaciones especiales a las familias, de modo que sus miembros puedan quedarse en la casa y cuidar de las necesidades extraordinarias de sus niños limitados, o puedan emplear ayuda que sirve a ellos. Uno de los atractivos de este enfoque, pero de ninguna manera lo más importante, es que casi con seguridad reduciría los costos.

6. *Una política familiar nacional no debe convertirse en un instrumento de más debilitamiento de la familia, al enfatizar los derechos del niño más que los derechos de sus padres.* Los derechos de la familia debieran ser enfatizados a pesar de la preocupación común por abusos en los niños y los casos trágicos de verdadero abuso físico (aproximadamente 4 por ciento de los cientos de miles que se denuncian anualmente). De acuerdo con la información presentada por Rela Uviller, más de 450.000 niños son separados de sus padres cada año; 150.000 son tomados en forma coercitiva; y cerca de 300.000 son cedidos en custodia "volunta-

²¹Robert Hill, *Strengths of Black Families* (New York: Emerson Hill Publishers, 1973).

ria" por sus padres bajo la amenaza de ser enjuiciados por negligencia.²² Estos niños rara vez son bien tratados. La separación de sus familias significa una comente sin fin de casas adoptivas, confusión y sufrimiento que frecuentemente resulta en serias desorientaciones y daños psicológicos irreparables. Se necesita una aplicación irrestricta de las leyes existentes en estos trágicos casos. Pero los casos tales como inmadurez paternal, descuido en llevar un hogar o el "fracaso para proveer el bienestar moral y emocional de los niños" difícilmente son "crímenes" que justifican el quiebre de la familia.

7. En el contexto de la actual discusión sobre asignaciones de ayuda y redistribución del ingreso, una política familiar nacional debiera estar guiada por el principio general que las reformas que intentan disminuir la pobreza, derrotan su propio propósito si debilitan a la familia.